Sr. D. Aureliano Albert.
Conde de Aranda núm. 7.
MADRID

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7'50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

NÚM. 294. | Sevilla.—Jueves 28 de Diciembre de 1899 | AÑO XXIII.

EN LA CARCEL

Es lógico que Rodríguez La Orden, el escritor infatigable, el laborioso obrero, el trabajador incesante, el honrado periodista, el probo ciudadano, el hombre de bien que persigue un ideal y que á él consagra actividad, inteligencia, vida y honra, vaya á la carcel. Este es el lugar que le separa de las impurezas sociales, de las hipocresías eternas, del pillaje al uso, del robo descarado, de la dilapidación en boga, de la falta de fé y sobra de malas pasiones, de todos los vicios é inmoralidades, en fin, que separan al hombre honrado de la pillería dominante.

Ahora puede decir Rodríguez La Orden la famosa frase de Sellés, y puesta en boca del protagonista de un admirable drama:

«—¿Y la honra del hogar?
—¡Se va á la carcel conmigo!»

Sí; con Rodríguez La Orden se ha ído á la carcel todo cuanto ha denunciado, todos cuantos abusos ha puesto de relieve, todas cuantas enormidades episcopales, militares, jurídicas, administrativas, etc., etc., ha señalado el famoso escritor. En aquel lugar de reclusión yacen todas las virtudes, en tanto en los grandes centros siguen los abusos dominando, enseñoreándose el delito, preponderando la irregularidad y creciendo los vicios sociales.

Todo cuanto hay de más corrompido domina en la calle, impera en las esferas del poder; y el osado ó el atrevido que se permite denunciarlo debe ser recluído en inmundo calabozo y separado de este concierto del crimen, para que los fautores de la ruína, de la deshonra y del delito, puedan gozar y disfrutar impunemente el fruto de sus rapiñas.

Unos pocos soñadores y otros pocos ilusos que sobrenadamos en esta sociedad de impurezas y de hipócritas, debemos desaparecer de una sociedad toda egoísmos que nos maldice y nos denigra.

¿No seguimos la corriente? Pues es preciso que desaparezcamos. ¿No aceptamos los convencionalismos del día? Pues no podemos vivir confundidos con los que, á título de saldadores, todo lo han acaparado, y no tolera que se les llame por su nombre.

Pero hacen bien. Se encuentran frente á un pueblo apático, indiferente, acaso sugestionado, que nada le agita, que nada le conmueve, que se deja escupir en el rostro y fustigar cruelmente, sin que sus nervios sientan la más ligera sacudida, ni su rubor se manifieste más que en íntima protesta y en murmullo maldiciente, que no pasa de sus labios ni se transmite al más próximo para concertar eficaz protesta y acción decidida capaz de ejercer la justicia por su esfuerzo.

Como Rodríguez La Orden ha caído, seguirán cayendo todos cuantos como él pensamos, como él queremos y lo mismo que él perseguimos. También, como él ha escuchado, se escucharán ofrecimientos platónicos, expresivas simpatías, voces de protestas de aunar el esfuerzo; pero, desgraciadamente, nada pasará de aquí, y uno á uno seguirá la labor de inutilizarnos individualmente; y no nos quedará otra cosa que la satisfacción del deber cumplido y de la protesta constante, siquiera el mañana haga justicia á nuestro decidido esfuerzo por la causa que defendemos.

Confiamos, sin embargo, en que el pueblo ha de despertar de su letargo, y entonces ¡ah! entonces, no inspirados en la venganza, sino en los dictados de la justicia, arrollaremos á todos aquellos que han sugestionado al pueblo para hacerle esclavo, han deshonrado á la Patria para envilecerla y han perseguido de muerte á los hombres esforzados que han tenido el valor de señalar á los fautores de la ruína, de la deshonra y de la inmoralidad de la Patria.

Murmuraciones

¡Ya estoy aquí, amigos míos!

El Excmo. Sr...., etc., tuvo á bien quitarme de enmedio para que no pasara frío, y allá me llevó con todas las reglas de ordenanza á la Carcel Nacional.

El por qué me llevó ya lo saben ustedes; pero lo que no saben es el por qué me mandó sacar.

Y como de hombre bien nacido es el ser agradecido, antes de meterme de cabeza en otras consideraciones, voy aquí á darles las gracias más afectuosas á mi siempre amigo del alma D. Prudencio Sánchez y Sánchez de Merodio, director de *La Unión Mercantil é Industrial*, espíritu franco y corazón hermoso siempre abierto á las más puras afecciones; al director de *El Noticiero*, Fernando Llorca, cuya sinceridad y corrección me tendrán siempre á su lado para todo; al caballeroso Alfredo Murga, director de *El Porvenir*, cuya mano estreché por primera vez en la Carcel Nacional, y á Paco Hernández Mir, director de *La Monarquía*, quien desde los primeros momentos estuvo á ofrecerme su apoyo y consideración.

Reciban los cuatro compañeros en la prensa sevillana mi saludo más afectuoso por el cariño y consideración que me han demostrado, logrando con sus particulares gestiones mi libertad.

—

Cumplido lo anterior, sin citar nombres de ninguna clase, les mando desde aquí un abrazo á la multitud de amigos que de todas las clases sociales han entrado por las puertas de la Carcel Nacional, haciéndome olvidar por completo que estaba en reclusión, y proporcionándome las satisfacciones más hermosas de mi vida.

Y.... no paso de aquí, para que estas líneas no resulten pesadas y lamiosas.

—

Y ahora sería necesario que yo dijera cuatro palabras del hecho acaecido, que, no por haber sido reparado, deja de contarse entre el número de las más grandes arbitrariedades.

Pero como quiera que el asunto, ó la causa, habrá de verse ante los Tribunales de Justicia, justo es que dejemos para entonces cuantas consideraciones se nos puedan sugerir, no agriando más la cuestión.

El hecho es que me metieron en *chirona;* que no por eso se me ha acabado el buen humor; y que.... procuraré hacer todo lo posible para que no me vuelvan á llevar, siquiera sea nada más que para no pasar el frío que he pasado allí.

¡Qué frío es aquello, querido lector!

—

Y todo, ¿por qué?

Por haber dicho.... nó, no lo repito, señor Capitán general. No soy tan testarudo que vaya á provocar vuestro enojo después de lo que ha llovido.

Pero como hay cosas que no se explican, y esta *cosa* que á mí me ha sucedido no tiene explicación, ¿qué extraño es que la imaginación vaya siempre encaminada á un mismo sitio?

Hasta mí llegó la noticia de que las señoras jesuíticas eran las que habían influído para que durmiera á la sombra por varios días y por varias noches, y dióme mucho coraje.

¡Yo tan respetuoso con ellas! ¡Yo tan galante! ¡Yo tan ignorado!

Comenzaba á verme crecer, ¡y vive Cristo que me agigantaba!

Jamás osé poner en conocimiento del público ciertos hechos que pudieran tener trascendencia; hechos y cosas que corren por ahí con los mayores visos de certeza.

Jamás osé penetrar en el sagrado de esa gente que se reune en las obscuridades de las sacristías para laborar, como los escarabajos, esas pelotitas de odios y rencores que concluyen siempre en una barbaridad más ó menos justificada.

Jamás osé—y hé aquí el punto principal—discutir los merecimientos de los que se decían infamados, ó discutidos, por mí en una genialidad con mejor ó peor fortuna comentada.

Y sin embargo.... ¡yo á la Carcel!

Y los que debieran estar en presidio, paseándose.

¡Esta es la justicia que mandan hacer!

Y luego:

—¡Cállese usted la boca, que lo va á pasar peor!

—

Por eso me callo.

Yo no quiero ser fusilado todavía.

Pase la mala hora, y reciban mis carceleros las más cumplidas gracias por lo bien que han sabido compaginar el cumplimiento de sus deberes con el alivio de mi pena.

Y señores.... ¡hasta otra, que yo procuraré que no se repita!

La Carcel Nacional es todo lo más nacional posible.

Es decir: bastante mala para ser habitada á la fuerza.

Dios se lo pague á Polavieja y demás adláteres.

Y líbrelos Dios de que yo me los encuentre ahogándose y necesiten mi ayuda.

Porque enseguida se la presto.

¡Enseguidita!

***

No sucede nada

que pueda decirse;
aguántese ahora
la curiosidad;
prosiguen las cosas
lo mismo que antes,
y no se columbra
otra novedad.

—

El bravo Martínez
está retirado
y en la Corte busca
la paz y quietud.
Concédale el Verbo
Divino su gracia,
en tanto lo meten
en el ataud.

—

Dicen que la crisis
total se avecina;
no sé lo que en esto
habrá de verdad:
pero se murmura
con gran insistencia
entre las familias
de la vecindad.

—

Ya los fusionistas
salen á la calle,
¡y se dan un tono
que tiene que ver!
Y las conferencias,
y los cabildeos,
hace que se diga:
—¡Todo puede ser!

—

Salimos de Herodes
y vendrá Pilatos,
y, entre todos, Judas
hará de traidor,
y la nave sigue
dando volteretas,
mande el fusionista
ó el conservador.

CARRASQUILLA.

La guerra del opio

(Conclusión.)

El comisario imperial Lin era un chino que merecía no serlo; tal era su energía en el cumplimiento del deber. Tan pronto como recibió las órdenes del Emperador, hizo bloquear las *factorías* de los ingleses que encerraban la mortífera mercancía, obligando así al representante oficial de la Gran Bretaña, capitán Elliott, á entregar nada menos que 20,000 cajas del tóxico, cuyo peso total alcanzaba *1.440,000 kilogramos.* Por orden del Comisario Imperial Lin, esas 20,000 cajas fueron arrojadas al mar. Esto tuvo lugar el día 7 de Junio de 1839.

Cuando se supo en Londres ese acto de energía del Gobierno chino, la indignación no tuvo límites: ¿cómo era posible que ese pueblo embrutecido por completo por el más absurdo de los absolutismos no tuviese á mucho honor el dejarse envenenar por el pueblo más *liberal*, más *culto* y más *civilizador* del mundo? ¿Creerían, por otra parte, que podía extinguirse, así como así, el lujo deslumbrador creado por esa honrada y humanitaria especulación? No, eso no podía sufrirse; había ministros interesados en que la afrenta infligida por los chinos al pabellón británico no quedase impune. Fué la primera autorización que otorgó la entonces joven, bella y graciosa reina Victoria, que llevaba dos años en el magnífico trono de Inglaterra y tenía 20 de edad. Los Chamberlain y los Salisbury de entonces expusieron, en términos de un acendrado patriotismo, la necesidad de castigar la osadía de ese pueblo bárbaro, y S. G. M. B. la reina Victoria señaló el principio de su largo y glorioso reinado por ese acto de justicia, firmando de su blanca mano la declaración de guerra contra el Celeste Imperio. ¿Quién había de decir que 60 años después, su real y arrugada mano babía de firmar una declaración de guerra tan *justa* como la *del opio*, que había señalado su elevación al solio de los Eduardos?

Esa guerra, la más odiosa de todas las conocidas y llamada *Guerra del opio*, fué tan corta como criminal. Desde aquella inolvidable fecha, los chinos, pueblo sumamente ignorante en lo referente á lingüística, tomaron á todos los blancos por ingleses, y cada vez que se extravía un extranjero ó una misión de ellos, sean de la nación que sean, son cazados como si fuesen ingleses. Justas represalias, pero que pagamos justos por pecadores.

El día 20 de Julio de 1842 hizo su aparición frente á la isla D'or una formidable escuadra inglesa, compuesta de 75 de sus mayores buques de guerra; llegada la escuadra delante de la célebre ciudad de Chin Kiang-Tou, abrió un mortífero fuego de cañón y de fusilería. Cuando los tártaros que defendían la ciudad se vieron vencidos, se precipitaron en sus casas; extrangularon, cual modernos numantinos, á sus mujeres y á sus hijos, volviendo al enemigo para dejarse matar hasta el último; los pocos que escaparon á la matanza se degollaron.

No es preciso mucha perspicacia para adivinar cuál fué el resultado de esa hazaña épica. El tratado de Nankiu, inícuo tratado en el que Inglaterra reclamaba una exorbitante indemnización de guerra y la libertad ilimitada de introducir en China el opio homicida, envenenador de toda una raza que le estorbaba para sus fines ulteriores, destruyendo así con más facilidad que con las armas, y como castigo á tanta felonía hacer una fortuna colosal sobre un montón de millones de víctimas de su civilizadora especución.

Desde entonces, los estragos de la droga aniquiladora son inenarrables. Desde entonces la importación del opio ha aumentado de una manera horrorosa; en 1872 alcanzó la fabulosa cantidad de 52,000 cajas, ó sea *tres millones setecientos cuarenta y cuatro* kilogramos; hoy parece flojea algo *el negocio*, porque China, viéndose en la dura perspectiva de morir envenenada, ha empezado á elaborar su propio veneno, y, aunque de *peor calidad* y más nocivo, le prefiere con tal de no morir de mano inglesa.

No dudo que una nueva declaración de guerra obligará á esos infelices á cerrar sus fábricas y á seguir surtiéndose de tan imprescindible producto en el mercado inglés.

¿Huelgan los comentarios? ¿Sí? Pues no los hago.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

Hospicio provincial

LIV

OTRA VÍCTIMA DE LAS BEATAS

Recientemente decíamos en uno de nuestros números anteriores, que eran tantos los abusos y arbitrariedades que viene cometiendo la Superiora del Hospicio con los asilados, que se hacía poco menos que imposible la permanencia de algunos en aquella casa de caridad.

Los sucesos nos lo han venido así á demostrar, probándonos al propio tiempo que en aquella casa impera ella á su antojo, sin que se las ponga coto, á pesar de estar enterados los jefes y saber que todo lo desgobiernan, sin que se atrevan á poner el remedio.

Las citadas hermanucas pusieron los puntos á un anciano que estorbaba en la casa, porque al parecer veía claro y hablaba más claro todavía, pues se había quejado á las beatas de varios abusos cometidos por ellas con los ancianos, lo que las supo muy mal, y empezaron por decirle al Director que el tal anciano las había faltado.

Dicho señor, sin escucharle, le reprendió, y aquí le dijo que echaría á la calle á los que en cualquiera forma faltasen á las beatas.

Este anciano prestaba el servicio de ordenanza de la oficina, por cuya razón tenía necesidad de salir á la calle á cumplir órdenes que les daban sus jefes referentes á la misma oficina, y aun otras que, ajenas á su cargo, le traían de cabeza para cumplir con asuntos particulares de alguno de sus Jefes, mucho de los cuales pueden calificarse de caprichos.

Como por el cumplimiento de su cargo nada pudieran decirle las beatas, y no encontrando materia ni causa suficiente para poderle expulsar, buscaron un medio que produjera los efectos que deseaban.

Bajo pretexto de que hablaba de la casa en los periódicos, le prohibieron la salida de que disfrutaba, de lo que se apercibió al ir á cumplir una orden de los Jefes á la calle, pues el portero le anunció que tenía orden de que no saliera.

Este modo de proceder le llamó sobre manera la atención, y por más que procuró inquirir la causa, solo pudo saber que lo había dispuesto el Director.

Transcurrieron así 16 días sin permitirle que saliera á la calle, todo con la idea de que por sí mismo se marchara, ya que no tenían medio de echarle, valiéndose para ello del medio de aburrirle, ya que no era facil encontrar otro.

A los 16 días se presentó al Director, y en formas correctas le dijo que hacía algunos días que estaba sin salir, á consecuencia de haberle

SGCB2021

privado de la salida, y que como le hubieran dicho que la orden procedía de él, que deseaba le dijera la causa; y cuál no sería su asombro cuando el referido señor Director le dijo: que le constaba que se estaba ocupando de la casa en los periódicos, y que estaba dispuesto á echarle á la calle.

A una contestación como ésta, el anciano de referencia no tuvo otro remedio que ponerse en la calle, visto, como veía, la mala idea de las beatas para con él.

Dicha contestación implica dos cosas: que en la casa Hospicio no se obra como debe obrarse en una casa de caridad, y que el presidente ó Director no es ajeno á este modo de obrar, y que, por lo tanto, no quiere que se sepa en la calle lo que sucede en la casa, y mucho menos que de ella se ocupe la prensa.

Este modo de pensar no nos parece nada correcto, puesto que no se trata de una asociación secreta, como sucede con los actos de las beatas, que de sus puertas para adentro todo es misterio, pareciéndose en un todo á las sociedades masónicas.

Pero por lo que respecta al Hospicio, orgulloso debería estar el Director de que todos sus actos estuvieran ajustados al reglamento, cumpliéndole y haciéndole cumplir á cuantos están sujetos á él, empezando por las beatas, que por obligación y por el salario que perciben, deben ser las primeras en dar ejemplo; mas como sucede todo lo contrario de lo que debía suceder, de aquí que pretendan que no se sepa en la calle lo que pasa en el Hospicio, para lo cual ya no solo la Superiora, sino también el Director toma parte en el asunto, valiéndose de cuantos medios arbitrarios puede hacer uso su autoridad.

Si cuando le dijimos al señor Director que una hermanuca de los ancianos había tenido valor para poner la mano en un desgraciado anciano, arrojándole al suelo, la hubiera impuesto como debía el correspondiente correctivo, no se hubiera dado hace pocos días el caso en el comedor de que la misma seráfica beata pusiera las manos en otro que tenía el cigarro en la boca; no pudo decirle en forma que debe y que tiene la obligación de hacerlo, sino que dándole un manotazo en la boca, le tiró el cigarro completamente desecho.

Para formarse idea de lo que esta hermanuca puede ser, no hay más que mirarla á la cara, y ella misma le pone al corriente de su grado de cultura y de qué manera está desarrollada en ella la virtud de la caridad.

Por esto y otras muchas cosas no quiere el Director, ni ellas tampoco, que se sepa en la calle cómo se obra en la casa, y como esto suponemos que no lo sabrá el Director, porque ellas sólo le dicen lo que las conviene, por eso nosotros, que hemos prometido dar la voz de alerta y ponerle al corriente de lo que ocurra, nada le ocultamos.

Estamos segurísimos que tampoco le han dicho al Director que el miércoles en la comida una beata, que aún tiene más cara de estúpida que la anterior, y que pensamos desenmascararla muy pronto, poniéndola á la vista tal cual es (pues se la ha pegado mucho de las condiciones de los panaderos), estando repartiendo el pan le dió á un asilado (que le dicen Chambra el chico) tan corta ración, que no pudo menos de decírselo, y ¿sabe usted la contestación que le dió? Pues fué coger el pan y metérselo por los labios; estas son las formas que estas mujeres emplean para con los niños; de este modo les enseñan reglas de urbanidad y practican la Caridad con estos desgraciados.

Todo esto hace que los asilados tengan tan escaso grado de cultura, que ni por sus modales ni por sus formas se puedan presentar en parte alguna, causando asombro que en un establecimiento de esta clase y que tanto cuesta á la provincia, no reciban mejor educación.

Tenga presente el Sr. Director del Hospicio que así como no le escatimamos las alabanzas y plácemes cuando vemos que se obra según debe obrarse, y que se hace cuanto se puede por hacer más llevadera la estancia del asilado en el Hospicio, así reprobamos cuanto se oponga á estas máximas, que hablan muy poco en favor de la Diputación y de los jefes que rigen dicha casa benéfica.

Nos consta que el anciano de referencia ha prestado en el Hospicio muy buenos servicios; que ha estado desempeñando el cargo de ordenanza de las oficinas por espacio de más de un año, y que desde el día 10 de Marzo último hasta el día 22 de Julio estuvo desempeñando el cargo de auxiliar del celador del departamento de mayores, y hasta por espacio de un mes estuvo solo, por encontrarse enfermo el propietario, para cuyo cargo fué propuesto por el maestro director de las escuelas del Hospicio y aprobado por el presidente de la junta directiva del mismo, manifestándole que recibirían una gratificación los nombrados, sin que apesar del tiempo transcurrido se haya cumplido esta promesa.

Está visto que para estar en el benéfico establecimiento llamado Hospicio, á cargo de las seráficas madres llamadas beatas, que tienen la predilección de desgobernarle á ciencia y paciencia de los padres de la provincia, vulgo diputados, elegidos por los.... contribuyentes, ó, mejor dicho, por Juan Trabaja, se hace preciso hacerse el sordo, el ciego y el mudo, ó mejor dicho, el lila; y de esta suerte, las señoras estarán contentas, y ellas procurarán que también los jefes lo estén, para ellas poder hacer su negocio.

Comprendemos que todo esto les tiene sin cuidado en la apariencia, tanto á los jefes como á las beatas, y que por ahora no tendrá trascendencia sensible, pero no nos importa; la semilla está arrojada en el campo: ya fructificará en tiempo oportuno y vendrá la liquidación de cuentas.

Además, si nada le importa al Director ni á las beatas el que el anciano á que venimos haciendo referencia se ocupe en la prensa de los asuntos del Hospicio, según le manifestaron ellos mismos, ¿por qué le expulsan? ¿Por qué toman todo género de precauciones para que no se comunique con nosotros, hasta quitarle la salida? ¿Por qué han prohibido á todos los demás que lean nuestros papeles, y ostentan tanto lujo de precauciones para evitarlo, como así que se lleguen á nosotros, que hasta han puesto espías cerca de nuestra oficina?

Esto dice muy claro que sienten otra cosa distinta de la que dicen, y prueba muy á las claras que en el Hospicio no se obra bien, y por esta razón una cosa es predicar y otra dar trigo.

UN AMIGO DE LAS BEATAS.

En el Transwaal

Los ingleses continuan predicando la guerra á todo trance y piden el exterminio de los boërs por cualquier medio.

El gobierno parece haber dado contraórdenes secretas respecto á la movilización y reclutamiento de voluntarios, creyéndose que en el último Consejo de ministros se habló de una intervención posible por parte de alguna potencia europea.

Los periódicos militares siguen anunciando que la Gran Bretaña hará un esfuerzo supremo para conseguir una victoria, después de la cual se pactará un armisticio, aceptándose la mediación de Alemania.

El crítico militar del *Daily Chronicle* aprecia así la situación de lord Methuen en Modder-River:

«Se dice que el general Methuen es dueño de la situación y que puede impedir que los boërs ataquen á Kimberley. La verdad es que las tropas del general Crouje no intentarán nada contra dicha plaza, esperando tomarla por hambre.

La marcha de la columna de socorro ha sido interrumpida por un ejército victorioso y poderosamente atrincherado.

Lord Methuen puede ser de un momento á otro cercado y bloqueado, corriendo el riesgo de tener que aceptar un combate en condiciones desventajosas ó perecer sin víveres.

El resultado positivo de la guerra pertenece á los boërs, que están posesionados de una parte considerable del territorio inglés, recibiendo refuerzos de los holandeses, con cuya adhesión y fidelidad cuentan, mientras las tropas británicas están siempre á merced del engaño y de las emboscadas, teniendo un Ejército enfrente y el peligro constante de los africanders insurreccionados.

Si Inglaterra quiere vencer, necesita empezar otra vez la guerra con otro plan, nuevos generales y considerable número de hombres.

«De otro modo, no solo no venceremos á los boërs, sino que acaso perdamos nuestras colonias del Sur de África.»

***

El *Dayli Telegraph* publica detalles interesantes sobre un episodio de la batalla del Tugela.

Habiendo muerto todos los caballos de la 14 y 16 baterías, los capitanes Schefield y Congreve y el teniente Roberts se esforzaron vanamente, con ayuda de los artilleros, por salvar las piezas.

El capitán Congreve y el teniente Roberts fueron heridos, y se refugiaron en una cisterna seca, donde se encontraban ya quince artilleros y otros tantos hombres del regimiento Devonshire con el coronel Bullock, quien, cuando se batía en retirada, un pequeño destacamento de fusileros escoceses fué copado.

A las cinco de la tarde, varios soldados boërs se apoderaron de la cisterna é intimidaron á los ingleses la rendición. El coronel Bullock rehusó é intentó hacer fuego, pero un boër le pegó un culatazo.

Un poco más tarde una ambulancia transwaalense llevó vendajes y agua á los heridos enviándolos al campamento del general Buller

Quedaron prisioneros el coronel Buller y el coronel Huret y todos los hombres ilesos.

***

Los boërs construyen un puente provisional sobre el Tugela.

La campaña se reanudará en Marzo y en grandes proporciones.

—Los ingleses tienen que vencer grandes dificultades para con la artillería contrarrestar á los boërs.

—Circula el rumor de que los boërs coparon una patrulla mandada por un teniente.

—Los cruceros ingleses apresaron un barco cargado de mercancías para el Transwaal, barco que fué conducido á Port Elisabeth.

—Al intentar una salida de Ladysmith los ingleses tuvieron 14 muertos y 19 heridos.

—Un despacho oficial dice que el general Methuen intentó un reconocimiento en Modder River.

Los boërs lo foguearon con artillería, hiriéndole cuatro caballos.

El mismo despacho añade que el general Gatacre se esforzaba en restablecer las comunicaciones.

—Numerosos boërs ocupan el monte de Amblangana, situado á la derecha del campamento del general Buller, cortando las comunicaciones á éste, agravándole la situación.

—Telegrafían que el general Methuen sigue en igual situación, cuya gravedad aumentan los boërs que no dejan de acechar las proximidades de las avanzadas inglesas.

—Telegrafían de la ciudad del Cabo que el día 21 fué descubierta una conspiración, por lo que se proyectaba, aprovechando las fiestas de Navidad y la escasez de la guarnición, apoderarse de las personas más notables é incendiar el depósito de las municiones de los ingleses.

De actualidad

LA ASAMBLEA DE VALLADOLID

Han quedado constituídas las distintas comisiones para la Asamblea de las Cámaras de Comercio.

Una de las comisiones tiene á su cargo la recepción de los concurrentes á la Asamblea, otra se encargará de los alojamientos y otra de los festejos.

DESAFIO

Ayer á las tres y media de esta tarde se verificó en una quinta de Carabanchel el lance pendiente entre el señor Urquía (capitán Verdades) y el Sr. Aldave. Se cruzaron cuatro disparos sin novedad. El tercero, del Sr. Urquía, atravesó el sombrero de copa de su contrario.

LO QUE DICE EL MINISTRO

La Epoca publica una *interview* celebrada con Gómez Imaz, en la que éste niega el pensamiento que se atribuye á los marinos de pedir la licencia absoluta.

El ministro añadió que, de creer que el cuerpo general de la Armada estaba en disolución, abandonaría el ministerio.

CONSEJO DE MINISTROS

Se ha celebrado el Consejo de ministros.

En el mismo se acordó aceptar la dimisión hecha por el general Despujols de la capitanía general de Cataluña, nombrando para sustituir al dimitente al general Delgado.

Se aprobó la supresión de las direcciones generales del Ministerio de Ultramar, la de Contribuciones indirectas y la de la Junta de Clases pasivas.

La reforma arancelaria se firmará mañana.

La vacante que deja el general Delgado de jefe del cuarto militar de la reina será amortizada.

El presidente del Consejo confirmó que la repatriación de los prisioneros libertados y la de sus familias ha sido costeada por el gobierno norteamericano.

Se aprobó la forma en que está redactado el decreto modificando los aranceles de aduanas y otro efectuando las economías que han sido aprobadas por las Cortes.

Tambien fué aprobada una modificación en el Meridiano de Madrid, relacionándolo con el de la Europa occidental.

Según esta reforma, el día oficial constará de 24 horas, que se contarán consecutivamente.

Por último, se aprobó el anuncio de nueva subasta del crucero *Meteoro*, por el tipo de dos millones de pesetas.

¡Oh, la incredulidad!...

Lean, lean ustedes la católica prensa; ya que no por Dios bendecida, por el Papa; y allí verán ustedes aducido de vez en cuando que la incredulidad es la causa de que los males lluevan sobre las modernas sociedades, menudos como las gotas de agua en chaparrón de Abril....

Y tienen razón; ella es quien la culpa toda tiene de que el proletariado albergue en su cerebro utópicas ideas de regeneración social; de que haya quien desconozca la verdad de venerandas tradiciones; de que haya quien se burle del infierno, y en misas para salvación de su alma, no gaste el domingo la mitad siquiera del jornal cobrado el sábado... Sí, todo esto, no á otro móvil obedece que á la incredulidad, que acaso, sirviendo de cucurucho al cuarterón de garbanzos, penetró en su casa acabando por llegar hasta su alma....

Sobradamente sé que no es la incredulidad hija de este siglo, pero conviene afirmarlo así á fin de infundir en católicos pechos el amor más acendrado á la Santa Madre Iglesia, y el horror más profundo hacia los que no aciertan á comprender cómo siendo Dios inmortal ha podido morir. Porque no conviene decir que desde que existen dioses, que desde el momento en que las religiones aparecieron en el mundo, apareció también la incredulidad; en que cuando empezó á manifestarse desembozada con franqueza bestial ante la santa religión del Cristo, fué en la Edad Media, precisamente en aquellos tiempos en que era más colosal el poderío de la Católica Iglesia; porque es muy conveniente, mucho, para los intereses de la Católica Madre, hacer circular la especie de que la incredulidad sólo á los actuales tiempos se debe, y no á aquellos en que fructificaba la semilla de la fe, piadosamente regada por sangre herética y judaizante.

No es conveniente revelar, á quienes lo ignoran, hubo profesor de teología, hace ya seis siglos, que después de en plena cátedra haber demostrado la divinidad del Cristo, con sólidos argumentos, en un rapto de impío orgullo, exclamó: «¡Oh, Jesús! en mi mano estaría demoler tu divinidad con razones mucho más concluyentes,» no faltando tampoco por aquel entonces quien asegurase que Moisés, Jesucristo y Mahoma fueron tres impostores que habían engañado á los judíos, á los cristianos y á los árabes.

No es conveniente tampoco hacer saber que todo un emperador, aquel Federico II, en lucha siempre con el Papado, también tuvo la avilantez de decir que «Moisés, Jesús y Mahoma fueron unos charlatanes que sedujeron á sus contemporáneos por la astucia y el engaño, para apoderarse de la dominación del mundo.»

Pero se comprende que un canónigo y un emperador lo digan; dicho por ellos no tiene importancia; lo malo es que ideas como las de *Los tres impostores*, obra cuya existencia ponen en duda sabios eruditos, y que tuve ocasión de ver en poder del párroco de Novás (Toledo) el año 1892, pasó á ser del dominio de la poesía de la novela; y apoderándose de ella Bocaccio escribió su cuento de los *Tres anillos*, cuento que, desgraciadamente para mi alma, versificó para un periódico librepensador hace algún tiempo.

¡Cómo andarían nuestras sacrosantas creencias, que ya en 1148 el concilio *Rennense* prohibía en un cánon «dar el santo crisma á los que despreciaban la religión;» y sínodos hubo en el siglo XIII que condenaban duramente «á los que durante tres domingos consecutivos no iban á la iglesia, y á los que no comulgaban por Pascual»

¡Cómo andaría la cosa, que «en 1214 dió un decreto el concilio de Letrán *imponiendo* á todo cristiano el deber de comulgar á lo menos una vez al año,» lo cual demuestra no debían faltar fieles que desdeñaran los sacramentos!...

Algo de esto revelan también los sermones de Alberto Magno, en cuyo tiempo, según confesión propia, gustaban más los católicos de las tabernas que del templo; había infieles que no *creían* en los sacramentos, indiferentes que no *pensaban* en la religión, impíos que *desdeñaban* penitencia y comunión....

Ya ven ustedes; cuando hubo que hacer milagros, como quien hace pucheros, para convencer á seglares y aun á clérigos de que era una verdad lo de la transubstanciación, ¿qué tal andaría aquello?

Pero como si nó; porque la incredulidad siguió en *crescendo;* y á extremo tal llegó, que fué necesario amenazar con la excomunión á los indiferentes.... que oyeron las excitaciones clericales como quien oye llover.

Se recurrió á la creación de un cuerpo especial de inquisidores, cuya misión era delatar á los que ni confesaban ni comulgaban, y.... ¡como si cantaran!

Después de darse de calabazadas obispos y presbíteros, para atajar el mal, no encontraron cosa mejor que «imponer multas á los que no iban á misa los domingos, ó no se cuidaban de confesar, cuyas multas aprobaron ó impusieron: en 1311 el Concilio de *Ravena;* en 1322 el de *Valladolid*; en 1333 el de *Ferrara*, y en 1378 el de *Benavento*.

Pero esto no fué obstáculo para que la incredulidad aumentara; que aun entre los prelados de aquel tiempo penetró la mala semilla, pues «no pocos de ellos ni iban á misa, ni asistían á sermones, ni á procesiones; y cuando acudían á la iglesia era, según testigos oculares, «para charlar, reir, bromear, decir deshonestidades ó dormir».

En fin, con decir á ustedes que mujer hubo que *¡en treinta años!* no fué á misa....

Quejámosnos nosotros, los católicos, de la incredulidad actual, cuando había muchos, pero muchos, en aquel tiempo á quienes se acusaba «de no tener fé en Dios ni en el Evangelio; de no creer en la otra vida, y de decir que no queda nada del hombre después de su muerte;» cuando los más ilustres jefes del partido imperialista carecían de religión positiva; cuando Becelino era un impío de la peor especie y Palaviccini no creía nada de la religión cristiana....»

¡Y aun los librepensadores de hoy se creen originales, no siendo sino plagiarios de los de pasados siglos!...

Pero.... silencio. Que esto no trascienda. No es nada piadoso que el vulgo sepa no es patrimonio del siglo XIX la incredulidad, á la cual, y a. m. D. g., dedicaré aún otro artículo.

ERIBALDO P. DE AZPÍLLAGA.

Noticias locales

CÉDULAS PERSONALES

En el proyecto de ley para reforma del im-

SGCB2021